

de comentario el descenso a los infiernos de Judith. El uso de la poesía eliotiana como reflejo de la búsqueda de sentido de una escritora obsesionada por el horror del Holocausto es un pequeño *tour de force* interpretativo, y puede leerse en clave irónica. Ignoro si Cooley ha seguido los virulentos ataques que ha suscitado últimamente el antisemitismo de Eliot (recuerdo, en particular, la bien orquestada campaña de los poetas James Fenton y Tom Paulin), pero desde luego ha tenido muy en cuenta los sentimientos conflictivos que despierta todo escritor entronizado por el canon. Cooley no diluye los aspectos menos agradables de la personalidad y la obra de Eliot. Al contrario, los sitúa en el contexto de una obra cuyas preocupaciones religiosas parten de una profunda desconfianza de la naturaleza humana. Eliot creía en la esencial falibilidad del ser humano, manchado de manera indeleble por el pecado original. Esta creencia en el pecado original refleja, desde presupuestos no muy diferentes, la conclusión desesperanzada de Judith: el hombre lleva el mal en sí, pero es un ser sin memoria, incapaz de rastrear las consecuencias de sus acciones. ¿Cómo es posible vivir como si nada hubiera pasado? ¿Cómo puede olvidarse tan rápidamente el horror? Su reivindicación de la memoria histórica lleva en sí el germen de un exceso: Judith empieza recordando y concluye no pudiendo olvidar. Esta incapacidad para el olvido es la que provoca finalmente su locura.

Con independencia de sus indudables méritos novelescos, *The Archivist* proporciona una buena oportunidad para releer la obra de Eliot desde un ángulo poco común. Dicho de otro modo: es un libro que vuelve a subrayar, por si fuera necesario, la actualidad de esta obra. Eliot (suele decirse) es un clásico. La fuerza del lugar común impide a veces repensar los conceptos, por lo que habría que añadir: leemos a Eliot como si nos hablara a nosotros mismos, lo que no siempre se cumple cuando nuestros contemporáneos nos hablan de asuntos que debieran interesarnos. De hecho, esta pequeña constatación es la base de un *test* que puede ayudarnos a agilizar la lectura de los suplementos culturales: si ven a un crítico recomendando un libro por sus abundantes referencias al mundo del lector, ya pueden prescindir de su consejo (no, tal vez, del libro, que no es responsable de sus comentaristas). Es un error de fácil explicación, aunque no por ello menos disculpable: ese algo que sostiene una obra a lo largo del tiempo es inasequible al bisturí crítico. Es posible acercarse a él, asediado, interrogarlo, pero la raíz de su peculiar irradiación sigue envuelta en el misterio.

Un texto son sus palabras: lo que dicen y lo que callan. No se oyen sus silencios si antes no se oyen sus palabras. Una de las bellezas de este libro es el modo en que Cooley abre cámaras de resonancia para los versos de

Eliot: su prosa es un instrumento dúctil, capaz de fragmentarse o borrarse en su afán de dar espacio a los versos que la coronan. Esa es su ambición y su orgullo, que es en realidad el orgullo de todo lector. Ciertas modas críticas nos han vuelto presuntuosos: decimos, no sin razón, que el libro depende para su existencia del lector. La imaginación levanta imperios de vida sobre los cimientos de la palabra muerta. Borges lo dijo de otra forma: todo lector es, en potencia, Shakespeare u Homero. Pero no es menos cierto que el libro nos crea: somos hijos de nuestras lecturas. La novela de Martha Cooley tiene mucho de reconocimiento de su deuda con Eliot, al que cita con discreta inteligencia. No es culpa suya si en ocasiones la voz hipnótica del poeta nos lleva a olvidar un esfuerzo tan sutil como generoso.